

Un comentarista (Lotringer, 1993:43) afirma que «en su curioso viaje etnográfico, Artaud se condujo manifiestamente no como observador, sino como poseído». El autor da en la diana, si –como Leiris formularía en su trabajo sobre el culto *zar-* la posesión es un espectáculo; porque es eso lo que Artaud ante todo hizo: ofrecerse a los ojos y a los oídos de quien se ponía a su alcance como actor-emisor de un mensaje o, mejor, del Mensaje. «Vino a officiar como un Mesías, a prevenir y a salvar para que el mexicano reconquiste su secreto antiguo», dice Schneider (1992:61), vino a predicar una revolución hacia atrás, hacia las raíces¹⁰.

Pero no sólo era espectáculo para los jóvenes con inquietudes espirituales que acudían a sus conferencias en el Distrito Federal. Hablaba, y cómo, y cuánto –o, al menos creía hacerlo, o nos dice que lo creía– a los propios *tarahumaras* para revelarles su (de los *tarahumaras*, suponía Artaud; suya, pienso yo) propia verdad. Así, uno de sus textos nos presenta su conversación con un funcionario de la escuela para indígenas, quien debería abrirle la puerta a los ritos a los que quería asistir, conversación «animada, penosa y repugnante por momentos», ya que su interlocutor «estaba mucho más interesado por su sexo, con el que cada noche poseía a la maestra de la escuela (...) que por la cultura o por la religión»¹¹ (Artaud, 1992 [1943]: 312). Conversación –en verdad, «diálogo ejemplar»– en la que Artaud refu-

¹⁰ *El que Artaud creyese que su palabra podía detonar una revolución puede resultar hoy un disparate correlativo a los electrochoques a los que poco más tarde fue sometido. Y sin embargo es coherente con un hecho de la historia –o más bien de la leyenda– surrealista según la cual, una década más tarde, una conferencia de Breton desencadenaría una revolución en Haití: «De paso por Haití, Breton provoca, por una conferencia que inflama a los estudiantes, una huelga insurreccional a la que pronto siguió la caída del gobierno» (nota de la edición Gallimard de Signe Ascendant, cit. en Antoine [1992:278]). Depestre (1969:175-180), uno de los en verdad mayores protagonistas de estos hechos, da una versión mucho más atenuada tanto del papel de Breton, cuanto del alcance de la rebelión. Ante todo, los visitantes-conferenciantes fueron en realidad tres: además del Maestro surrealista, el pintor cubano Wifredo Lamb y el poeta martiniqués Aimé Césaire. La conferencia de Breton, dictada en el principal cine de Port-au-Prince, en presencia del dictador Lescot, varios ministros, amantes a granel, además de medio millar de jóvenes contestatarios, provocó gran entusiasmo entre éstos y gran indignación entre aquéllos. La revista dirigida por Depestres –La ruche– publicó poco después un número especial dedicado al surrealismo que fue secuestrado por el gobierno. Tras ello, huelga universitaria, encarcelamiento de muchos estudiantes, más huelgas y manifestaciones y, por fin, caída del gobierno. Pero, de revolución, nada: «La dictadura de Lecot cayó» –escribe Depestres (idem: 180) «pero el aparato militar del régimen quedó intacto. Esa fue una dolorosa experiencia para las masas. (...) este fracaso indicaba igualmente las limitaciones del surrealismo en su ambición de ‘cambiar la vida’». Las consecuencias ideológicas del suceso fueron contrarias a la prédica surrealista. Dice en otro lugar Depestre (1980:214): «Todos nos convencimos que había que retomar (...) la tentativa que, desde 1934, Jacques Roumain había hecho para dotar a los trabajadores de la ciudad y del campo de su primer partido comunista». Sobre esta cuestión, ver también Rodríguez (1989).*

¹¹ *Hay trechos, uno es el transcrito, en los que Artaud me recuerda a Charles Kimbote, el personaje paródico de Nabokov en Pálido fuego. ¿Acaso no podrían ser tuyas estas líneas?:*

«Veintiocho días de esa influencia pesada, de este montón de órganos mal agrupados que soy yo, y en los que me daba la impresión de estar presente, como en un inmenso paisaje de hielo a punto de desmoronarse» (Artaud, 1992 [1937]:290).

taba cada uno de los obstáculos que su interlocutor ponía a la celebración del rito del peyote, que acabó –¿cómo podía no ser?– con la «conversión» del oponente y la concesión del permiso solicitado.

¿Alguna vez Artaud *habló*, en realidad, a los *tarahumaras*?, ¿alguna vez *escuchó*, en realidad, a los *tarahumaras*? Hay una cuestión elemental, ausente en los textos de Artaud, pero sin dudas muy presente en el desarrollo de los acontecimientos: la lengua en la que tales contactos hubieron de establecerse. Schneider (*op. cit.*: 77) pone en duda la competencia lingüística del poeta para manejarse en español, aun con el guía-intérprete que lo acompañaba, la comunicación debe haber sido más que problemática. Artaud, sin embargo, estaba seguro de captar todo lo que se le decía y de que los demás captaban también lo que a él le salía por la boca. A veces, sin embargo, las palabras registradas en su texto no son, él mismo lo reconoce, las en verdad emitidas, sino que el peyote le ha permitido «reconstruirlas»¹².

Te unes a la entidad sin Dios que te asimila y te engendra como si te crearas tú mismo, y como tú mismo en la Nada y contra Él, a todas horas te creas.

Estas son las palabras del jefe indio y no hago más que citarlas, no tal como él me las dijo, sino tal como yo las he *reconstruido* bajo las iluminaciones fantásticas del ciguri (*énfasis de A.A*) (Artaud, 1992 [1943]:305).

* * *

La información que sus breves artículos aportan es escasa, confusa, falsa. Además, como Schneider afirma, no proviene de lo que ha visto «en campo», sino de lecturas anteriores o hasta de escrituras anteriores. La falsedad de la información, sin embargo, puede ser vista, ha sido vista, como el acceso a otro tipo de verdad, un autor mexicano, amigo, recopilador y comentarista de Artaud, Cardoza y Aragón, (cit. en Bonardel, 1987:167 n. 2) lo expresa así: «No tuvo un gran conocimiento de nuestras culturas, a pesar de lo que afirme en tal o cual escrito. Se los inventaba, y es su inven-

¿Artaud, parodia de sí mismo? O, quizás, esta sensación mía diga más sobre las condiciones actuales de lectura de textos límites, de textos «sublimes», que sobre su producción. Sin embargo, no hay que olvidar la condición esencial de Artaud actor.

¹² *Para imaginarse el estado de Artaud en una incursión al «país de los tarahumara» también hay que pensar, por cierto, en los opiáceos que desechó al pie de la sierra. Su síndrome de abstinencia fue más duro de lo habitual:*

«Al cabo de seis días mi cuerpo ya no era de carne sino de hueso, desecado por la multitud de excremento líquido que había perdido. La carencia de opio contrae las fibras, abre corrientes áridas en la piel, y la epidermis no es más que una encía irritable, una mandíbula a flor de piel. (...) en la montaña este estado revistió sensaciones desacostumbradas. No era ya un dolor sordo, sino una invasión molecular completa, que me atravesaba el cuerpo con sus ondas frías» (Artaud, 1992[1947]:348).